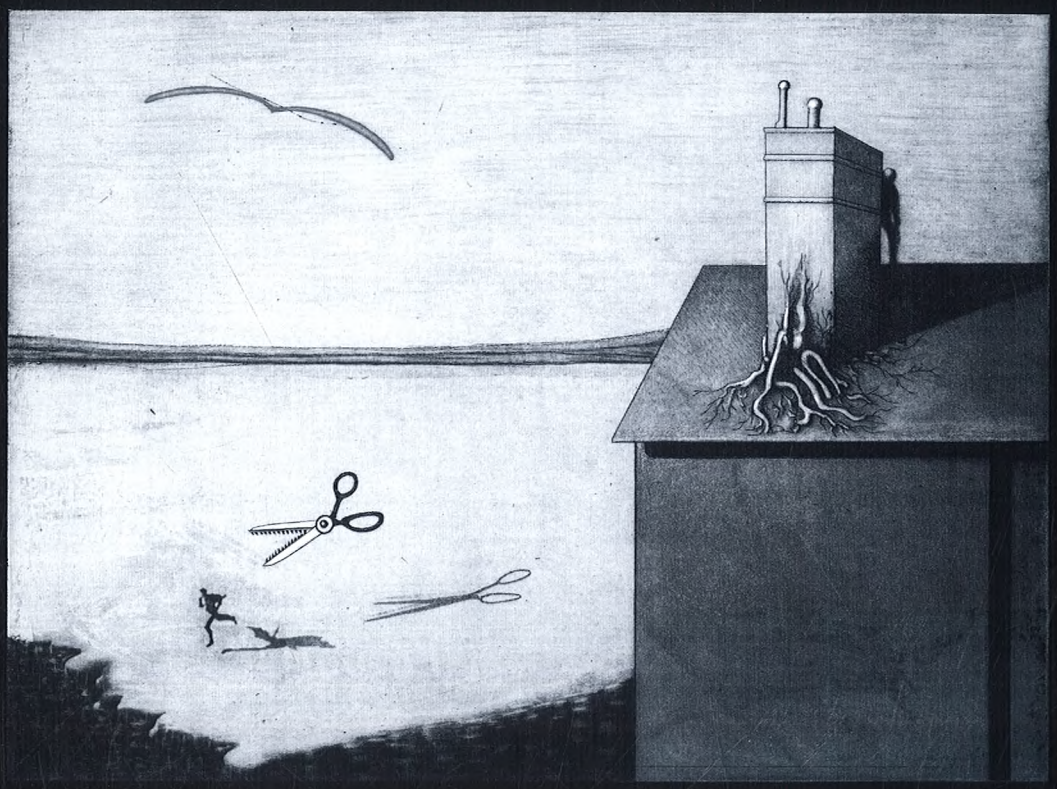
Francisca Aguirre:

Las palabras y la memoria histórica son mis dos grandes amores

Noni Benegas



I

Francisca Aguirre nació en Alicante en 1930, y le tocó en suerte ser niña en épocas aciagas para España. Su padre, pintor y funcionario republicano siguió entre 1936 y 1939 al gobierno de la república de Madrid a Valencia; de allí a Barcelona, y finalmente al exilio en Francia. Recalan en

Francisca Aguirre en 1995

el puerto de Le Havre a la espera de un barco que hubiera debido llevarlos al exilio en Sudamérica. En su lugar, llegaron las tropas alemanas que los empujaron de retorno a la frontera española, donde su padre sería reconocido y encarcelado. Tras una agónica espera Franco lo condena a muerte y es sometido al garrote vil en 1942.

Lorenzo Aguirre y Francisca Benito con sus tres hijas en 1935

Retrato de Paquita, pintado por su padre en 1939

La imposibilidad de realizar estudios regulares hizo de Paca una autodidacta; pero el afecto y la temprana convivencia con unos padres excepcionales – *mamá fue nuestro Espasa*, escribe en un poema- desarrollaron su sensibilidad, ahondada por el dolor, el miedo y el hambre de una posguerra doblemente cruel con la hija de un rojo: *ser niño en el 42 parecía imposible*, consignará.

Pasada la contienda, con la adolescencia se despierta la voracidad espiritual, y hacia 1945 encuentra con sus hermanas una tiendecita en Madrid que alquila libros *–y en aquel tenducho empecé yo mi Licenciatura en Letras*, recuerda en *Espejito, espejito*. La posibilidad de leer durante las interminables tardes de domingo dispara su avidez: *Buscábamos palabras en el diccionario/ con el afán de comprenderlo todo: /necesitábamos hacer lenguaje.* Todo un programa, pues, que se cumplirá en ella como en pocos autores de su época. Me refiero a la libertad del autodidacta que suelta y a la vez afirma su lengua y su paladar, probado desde papillas chirle -novelas rosa y policiales- hasta manjares del chef, ya fueran estos Carmen Laforet, Cavafis o Quevedo, pasando por la gran cocina rusa y americana de Dostoievsky a Chejov, o Saroyan y Hemingway a Steinbeck y Dos Passos, entre muchísimos más.

Esa educación se completaría años después cuando comience a asistir a la tertulia del Ateneo de Madrid, dirigida por José Hierro, o a la del café Gijón, liderada por el dramaturgo Buero Vallejo, cuando aún vibraban los ecos de la generación del 27 y del 36, y se discutía su legado entre los poetas del momento. Tertulias

Paca y Félix (1964)

donde conoce a Félix Grande, que en 1963 se convertirá en su marido y con quien compartirán esa curiosidad y ese placer impagables adquiridos de motu propio y no por obligación escolar: *el compañero de mi vida lee un libro sobre Kafka…/ Tiene su rostro la expresión de un niño, ese gesto que teníamos cuando leíamos tebeos, / lee como si el libro fuera un libro de aventuras.*

Francisca Aguirre comienza a escribir sus primeros borradores en aquellos años, y recién da a la imprenta *Ítaca*, su primer libro en 1972. ¡Pero qué libro! Dos años antes, en 1970, había enviado poemas inéditos del futuro volumen a Rosa Chacel, residente por entonces en Sudamérica. La gran escritora, y no menos excepcional lectora, consigna en sus diarios: *Paquita Aguirre, criatura de gran calibre. Me mandó unos cuantos poemas suyos, muy buenos y sumamente impresionantes.*

Ítaca permite obtener una visión de primera mano del estado de la cuestión en esos duros años, y una esperanza, que otros poemarios no ofrecen. Crea una segunda persona poética, o alter ego, para sugerir la complejidad del sujeto lírico, ligado a la necesidad de entablar un diálogo con las otras voces interiores que pugnan por hacerse oír. Es Penélope, arquetipo de *la-mujer-que-espera* de la época. A partir de ella constata el vacío, o vaciamiento interior, y busca soluciones para transformar ese aislamiento –esa isla, esa Ítaca-, en soledad sonora, en conocimiento, en sabiduría.

En muchas entrevistas, Paca declaró su temor a que un día alguien le pidiera una "poética". Creo que este libro lo es y en toda regla: *Aquí nadie viene voluntariamente, /nadie quiso seguir esa ruta/ninguno vino a fondear en la bahía. /Sólo llegan los náufragos, /los doloridos seres que arroja la marea, /los desolados que ni pañuelo tienen, /sólo ellos llegan y sólo ellos son/los asombrados visitantes de la isla.* Nos parece ver llegar a los componentes de una extraña orquesta que comienzan a afinar antes de empezar el concierto, sólo que este libro no es un mero ejercicio de puesta a punto de los instrumentos, sino una creación redonda, inscrita en el tiempo más ancho de la literatura.

Fiel a sus dos grandes amores: las palabras y la memoria histórica, Aguirre ha ido levantando una obra única en la poesía española contemporánea. Un *fatum* recorre sus páginas al igual que debería ocurrir, en mi opinión, con las de cualquiera que se proponga este oficio. Porque por nimia que haya sido tu experiencia vital, depende de ti tallar esa materia en bruto hasta sacarle reflejos y descubrirle facetas que multipliquen y ahonden los puntos de vista posibles sobre el hecho esencial de tu vida. Si hubiera que alzarle una genealogía, me inclinaría por asociar su desgarro con el de Ángela Figuera Aymerich, aunque esas notas ácidas en Paca serán más letales, más efectivas porque amortiguadas; es decir: comparte no la estridencia de Aymerich, sino la fuerza, que en ambas es formidable.

La otra asociación me viene del humor inteligente que tanto prodigó Gloria Fuertes y que es tan raro hallar en esa triste posguerra; pero el humor en Paca, comienza siendo ironía con su punto de amargor, y culmina en sus últimas entregas, ya entrado el siglo XXI en dos libros deliciosamente cáusticos: *Nanas para dormir desperdicios e Historia de una anatomía* de 2007 y 2010, respectivamente. En *Nanas*, Paca alza un novísimo inventario de la pérdida a través del residuo o resto que segrega la herida tras el corte: ¿Quién iba a imaginar el desperdicio que vivía */ en el moho de aquel recuerdo jadeante?* En cuanto a la anatomía, ¿alguno ha pensado hasta qué punto es posible que el toque nos defina? *Qué asombroso es confirmar que la vida hace daño: / apenas un roce y sangramos. / El tacto es como un vértigo / tira de nosotros como tira el abismo.*

Capítulo aparte merece la prosa de Aguirre. Y ahora que lo escribo recuerdo la película de Herzog y el estribillo que sigue al apellido: *....o la cólera de Dios.* Claro que hay rabia, y bronca en las memorias de Paca: *Espejito, espejito*, pero ese odio, como ella dice, ha sido admirablemente trastocado en sabiduría. Por eso es posible digerir tantos acontecimientos infaustos como los que ella relata. La cólera está ausente en sus textos, solo queda el gesto hacia la vida, esa esperanza

Francisca Aguirre y Félix Grande en 1970

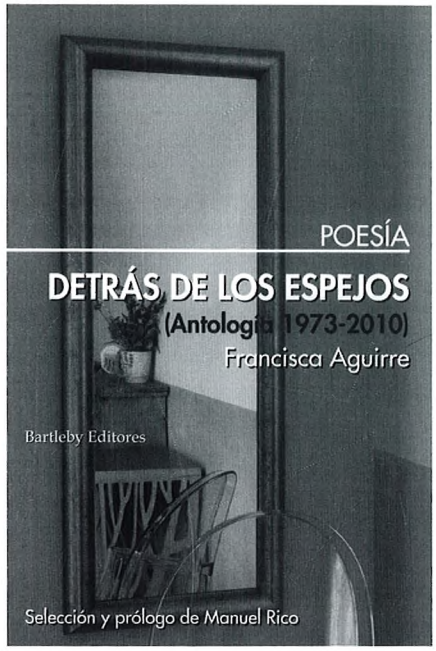
Paca, Guadalupe y Félix en 1975

que forma parte de su anatomía, pese a ser: *fluido desazonador que nos convierte en seres anhelantes / en criaturas que zozobran / que tiemblan y no saben hacer otra cosa que mirar en todas direcciones / confiando en que el destino no los defraude.*

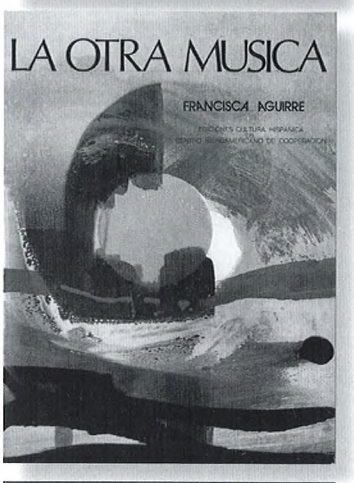
Es ese tono atravesado por la lucidez y construido sobre la elegancia del giro de la frase, lo que nos empuja a seguir deseando el acíbar de la esponja que nos acerca delicada a la boca, con la narración de una época aciaga.

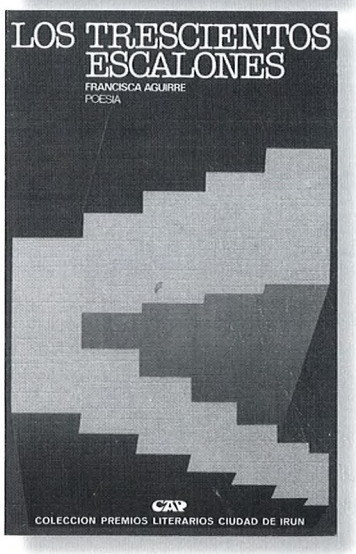
II

- Cuando en 1996 busco una posible genealogía de las poetas españolas contemporáneas para la antología Ellas tienen la palabra, *descubro la obra de varias de vosotras, coetáneas de la llamada generación del '50, que nunca aparecieron en el retrato oficial. Me refiero a Uceda, a Atencia, a ti... Entonces, por así decir, te conocí en la Biblioteca Nacional. Y me llevé la gran sorpresa con* Ítaca, *tu primera publicación de 1972, que aparece cuando ya cuentas 42 años. Leo ahora en tu prólogo a* Detrás de los espejos, *tu antología personal de 2011, que en 1966 y tras la lectura del poema "Los bárbaros", de Kavafis, quemas tres carpetas con lo que habías escrito hasta la fecha y empiezas un nuevo libro, que se titularía justamente* Ítaca, *y con el que obtienes el premio Leopoldo Panero en 1971. ¿Podrías extenderte un poco acerca de esto?*



- Como veo que tienes un especial interés en saber qué pasó con mis versos después de leer a Kavafis, te diré que la verdad es que su lectura para mí fue demoledora. Pasé de los románticos: Bécquer, Espronceda a caer en los brazos de los clásicos. La verdad es que fue un auténtico vapuleo. Tardé un tiempo en entender y asimilar los poemas de Kavafis y esto gracias a Félix que ya lo había leído. Pero en mi caso el resultado fue que quemé todo lo que había escrito anteriormente y empecé de nuevo. Tardé bastante tiempo en darle el visto bueno a *Ítaca*. Y desde luego Kavafis le dio la vuelta a lo que yo creía que era la poesía. Hice una relectura de los clásicos españoles y acabé parándome en las generaciones del 27 y del 36. Y también, como es lógico, los poetas del momento, entre los que estaban Dámaso Alonso, Rosales, José Luis Prado Nogueira, Ángela Figuera, Meliano Peraile, Pepe Hierro, Eladio Cabañero y Félix. De ahí ya pasé a Rilke, etc. Pero lo realmente importante es que a partir de Kavafis escribir para mí fue otra cosa, eso que decía Juan de la Cruz: "Un no sé qué que queda balbuciendo". Es decir, esa imposibilidad de explicar lo imposible; en el intento de exponer el mundo emocional, el torbellino de nuestras emociones, el deslumbramiento de





la pasión, nos sucede lo mismo que le pasaba a San Juan cuando intentaba comunicarse con su dios: la pasión, el deslumbramiento lo conducían a tratar de explicar "un no sé qué que queda balbuciendo". Algo parecido a lo que le sucede al poeta cuando intenta expresar ciertas emociones, sentimientos, que lo iluminan o lo hunden en las tinieblas. A veces el amor, la pasión nos deja tartamudos.

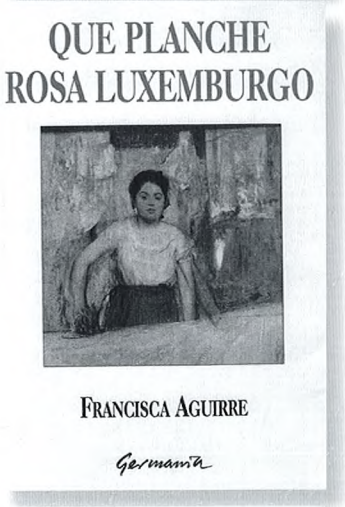
- "Un hermoso viaje te dio Ítaca. / Sin ella no emprendieras la jornada. / Pero otra cosa más no puede darte...", escribe Kavafis en el poema que da título a tu libro. Una conclusión demoledora que te pone el contador a cero; quemas los poemas románticos previos, y empiezas tu propia Ítaca con esta constatación estremecedora: "En la noche fui hasta el mar para pedir socorro/ y el mar me respondió socorro". O sea, dejas de pedir ayuda, de lamentarte o ensalzar, a sabiendas de que no hay nada ni nadie que responda, sólo vuelve tu propio eco, en una palabra, todo lo habrás de sacar de ti ¿Ese sería el paso de ser una romántica a adquirir temple y tono clásicos?

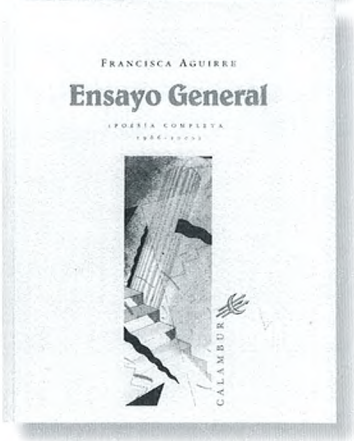
- Es evidente que el enfrentamiento con la realidad deja a los seres huérfanos de ayuda. Vivir a la intemperie es duro, pero negarse a la realidad, no aceptar la herida que produce vivir es una cobardía que para lo único que sirve es para convertirnos en estatuas. Entre falsear su vida o vivir a la intemperie, es decir, con lo que hay, Penélope elige vivir, enfrentarse a la mirada de los otros, no mentir.

- O sea, lograste liberar la voz y darle cancha a todo lo que tenías dentro sin preocuparte de las dudas o contradicciones. Como si hubieras descubierto el nudo interior, y en decirlo te fuera la vida.

- Yo diría, Noni, que me di cuenta de hasta qué punto las palabras, el lenguaje, eran mi vida. Y que mi única forma de estar de acuerdo con la vida era no traicionando a las palabras. Lo que realmente recuperé fue mi compromiso con el lenguaje. Y mi decisión de no mentir

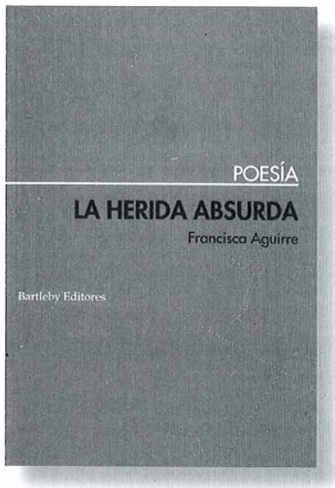
nunca con ellas. Las palabras y con ellas la memoria histórica fueron para siempre mis dos grandes amores.

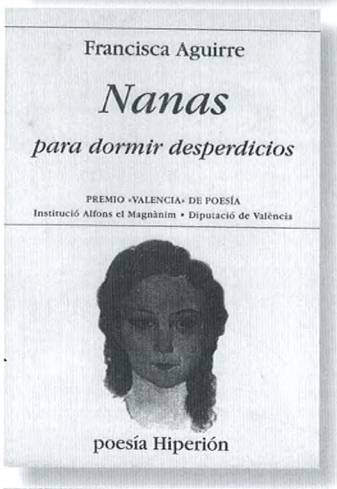


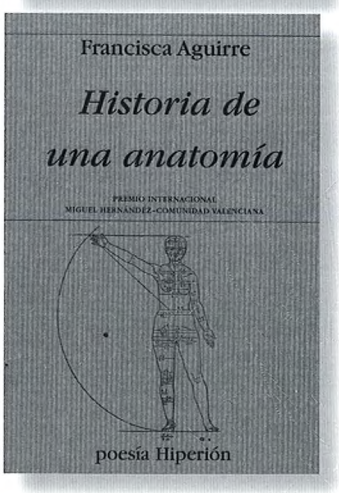


- Muchos años después en Historia de una anatomía *dices: "No sabéis lo que me gustaría / ser capaz de crear metáforas / como lo hicieron los surrealistas". Sin embargo, ese primer libro, es una metáfora viva, que bebe de un mito clásico, Penélope de quien se dice que espera, pero ¿no hay algo más que pasamos por alto y está a la vista en su incesante componer y descomponer los hilos?*

- Efectivamente, como tú muy bien dices, pasé a ser una romántica, para lo cual se necesita una cierta preparación literaria, cosa de la que yo carecía, a ser alguien consciente, sobre todo, de sus carencias y me convertí en una voraz lectora. Debido a este proceso tomé clara conciencia de mis lagunas culturales y decidí aferrarme a lo que inevitablemente me iba a acompañar; es decir: eso que Luis Rosales llamaba "la vividura". Mi historia personal era tan poco piadosa que decidí erradicar de ella el odio y sustituirlo por la verdad desnuda. Claro que esta decisión no fue gratis: la verdad es a veces mucho más cruel que las emociones. La verdad nos suele dejar a solas con el tiempo, con la realidad y, a veces, con lo inadmisible. Pero puestos a elegir una hermosa mentira envuelta en una hermosa metáfora, yo elegí cruzar por encima de los ardientes tizones. Por eso escribí *Ítaca*, sabiendo que antes tenía que beberme el conocido "vaso de sombra, oh pura sombra, lleno". De ahí, mi incapacidad para el surrealismo. En cuanto al personaje de Penélope, ya dejé claro en el libro que en el tú a tú que mantienen a la llegada de Ulises, ambos, tanto él como ella, saben perfectamente lo que sucede y Penélope lo dice sin paliativos: "Soy para él peor que una traición: /soy tan inexplicable como él mismo". En cuanto a su tejer y destejer, en la Ilíada tal vez sea un guiño a la ferocidad de las costumbres de la época. Pero para mí, siempre ha sido también una especie de saliva-







zo a las costumbres de cada tiempo que, en definitiva se vienen heredando desde las épocas remotas: las mujeres tenemos una gran capacidad para el sufrimiento, pero siempre dentro de un orden: sufre, pero trabaja. Porque el hecho de que Penélope oculte con su esfuerzo la duración del viaje no deja de ser significativo, no creo yo que el trabajo la ayude a no pensar, más bien creo que eso de estar mano sobre mano llorando la ausencia no se debía ver con buenos ojos. En cambio, una mártir hacendosa queda divinamente.

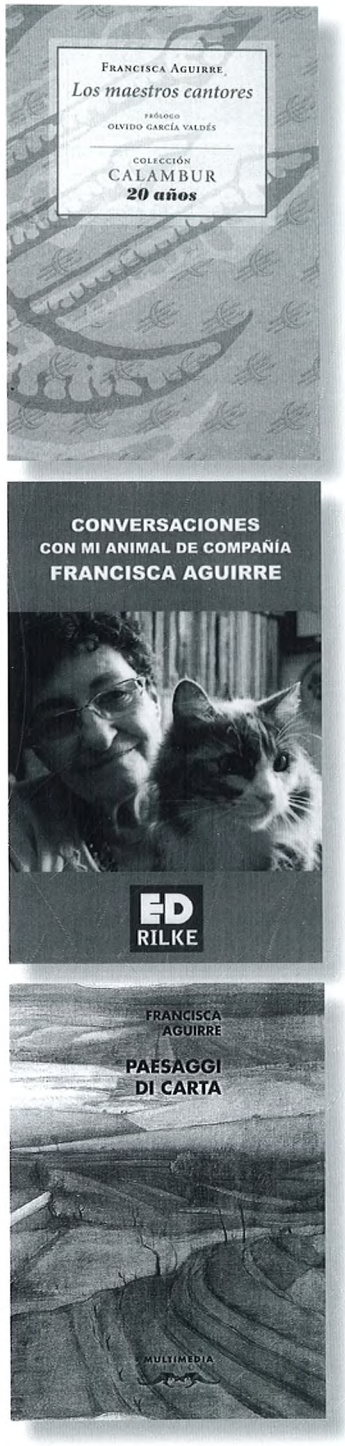
- Me refería más que al trabajo para ganarse la vida, -empezaste con 15 años y era algo deseado por ti-, al quehacer de tejer y destejer una trama, de componer un tejido, un texto, que no te abandonará desde entonces. Siempre me fascinó esa manera tuya de entrar en poesía con Ítaca, porque vas desnudando todo y una vez que caen los disfraces, alzas un árbol, el drago del final…

- Ya he dicho en algún sitio que yo empecé a escribir porque me enamoré de las palabras; mis hermanas y yo leíamos sin parar el diccionario Espasa. Yo personalmente quedé fascinada por el lenguaje, me enamoré hasta los tuétanos y cuando nos enamoramos lo único que queremos es estar cerca del ser amado, en mi caso las palabras. Y eso hice: leí como una loca, poemas, novelas, relatos. Todo me enamoraba. Cuando empecé a escribir *Ítaca* supe que sólo podía hablar desde el tumulto de los sentimientos, desde la amarga verdad y desde el abismo de las emociones, de todo aquello que unas veces nos abrasa y otras nos hiela. La vida es un permanente equilibrio entre el horror y el milagro. Y lo único que puede hacer el artista para no traicionar al lenguaje es no mentir nunca con lo vivido.

- Las palabras son a partir de entonces tu patria. Y en ese trasvase vislumbras "los trescientos escalones" que dibujó tu padre y que dan título a tu segundo libro. ¿Cómo echaste mano de esa imagen o cómo esa imagen te capturó? ¿Podrías contar

la ciudad donde eso ocurrió, las razones que os llevaron allí y te permitieron cuajar esa escalera, real o ficticia?

- Yo diría que a partir del momento en que tomo conciencia de que las palabras son para mí una forma de análisis y crítica de mis actos, mi cabeza y mi corazón se convierten en dos severos jueces. Si bien es cierto que mi amor a las palabras me calienta el corazón y mi cabeza se aferra a ellas como si fueran lámparas que iluminan los escasos días de la infancia en que tanto mis hermanas como yo fuimos esplendorosamente felices cobijadas por nuestros padres y abrigadas por la inocencia de lo que estábamos viviendo, también es cierto que a partir de 1942, fecha en la que matan a mi padre, las palabras, sin abandonar por ello su primera misión, adquieren también la dureza y el triste peso de convertirse en notarias de mi por entonces corta biografía. Todo este proceso se desarrolla en la casa que tú conoces, que mi abuela alquiló en 1940. En esta casa, en la que sigo viviendo desde entonces, yo empecé mi historia de amor con las hechiceras palabras. Aquí rememoré los mágicos días que mis hermanitas y yo vivimos en Le Havre y fue aquí donde tras atravesar el infierno que fue la vuelta a España, recuperé, llena de nostalgia y miedo, los cantarines descensos de los trescientos escalones de Le Havre cogidas de la mano de papá hasta llegar al jardín donde él instalaba su caballete y pintaba mientras canturreaba. Duró poco ese tiempo. Un par de meses después empezaron los bombardeos alemanes. Pero ya para siempre, mis hermanas y yo recordaremos a papá pintando y cantando mientras nosotras jugábamos al corro o saltábamos a la comba. Cuando escribí *Los trescientos escalones* sólo pretendía, además de conservar los detalles de aquel tiempo, dejar constancia de que, a pesar de la desdicha y el horror de la guerra, aquellas tres niñas y su padre, fueron felices bajo el cielo de Le Havre. Tanto mis hermanas como yo hemos tenido la suerte de tener una madre que nunca nos



Japonesita, 1940
Pintura de
Lorenzo Aguirre

permitió olvidar todo lo hermoso que le debíamos a nuestro padre, siempre nos recordaba cómo cantaba, cómo nos mecía con sardanas, cómo nos llevaba a caballito a dormir. Y sobre todo, el extraordinario y feliz pintor que fue.

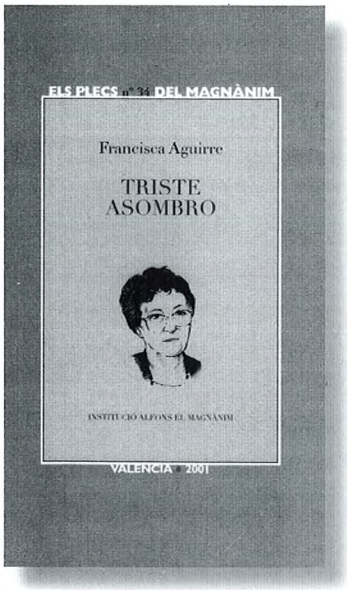
- En ese libro hay homenajes a otros pintores aparte de tu padre: al aduanero Rousseau, Klee, Picasso... ¿Es que el ver pintura estimula o desarrolla algo en la mirada del poeta?

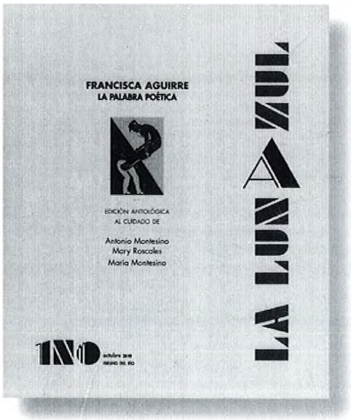
- La respuesta es mucho más sencilla: nuestro padre era un extraordinario pintor. Nacimos entre cuadros, oyéndolo cantar y viéndolo pintar. Cuando murió nuestra madre se encargó de que nunca olvidáramos cómo era: su alegría, se levantaba cantando y se acostaba cantándonos sardanas para dormirnos. Lo primero que vimos en este mundo fueron sus cuadros. La pintura para nosotras es uno de los pocos milagros que se pueden tocar y ver. Además, mi hermana Susy después de la muerte de nuestro padre comenzó a pintar y ya siempre siguió pintando y con ella hemos ido a todo tipo de exposiciones. En definitiva para nosotras la pintura es muy importante en nuestra vida.

- Tras homenajear a Machado y a Vallejo, alzas, con tus propios pinceles, el retrato de una legendaria poeta venida de la otra orilla; una suerte de hermana mayor a la que te vincula un futuro por el que ya ella ha transitado: "Me quedaba mirándola y comprendía / que la mirada es un esfuerzo inútil. / La mirada seguía ignorándola: era un mirar analfabeto. (...) La miraba como si la recordase / y sentía que ese recuerdo / venía de un futuro tan inasible como ella."

- Conocer a Olga Orozco ha sido uno de los mejores regalos que me ha hecho la vida. Fue en el Instituto de Cultura Hispánica, allá por los años setenta y tantos. Nos la presentó Luis Rosales a quien ya conocía y admiraba. Luis Rosales nos dijo a Félix y a mí que, además de ser una belleza era una gran poeta. Tenerla con nosotros fue una verdadera felicidad. Olga disfrutaba con todo, era una auténtica hedonista, y cuando era feliz, lo que sucedía muy a menudo, mirarla era como un milagro. Tuve también la suerte de estar con ella y con su marido en Buenos Aires, en su casa, con sus gatos y la música, que ambos adoraban. Escribí el poema para agradecerle a la vida semejante regalo y para dejar constancia de mi cariño y admiración sin límites por ella.

- Muy pronto, en 1977, das a la imprenta otro poemario que lleva por título La otra música. *Lo dedicas entre otros a Paco de Lucía y dices: "Sin la música la vida sería un error". ¿Por qué?*





- El título del libro lo dice todo. Se trata de "la otra música", esa música que todavía no es admitida en los conservatorios: "El flamenco" o "Cante jondo". Y por eso está dedicado el libro a Paco y por eso lleva la cita de Nietzsche. En cuanto a lo de que sería un error, yo diría que casi mejor decir que sería un horror.

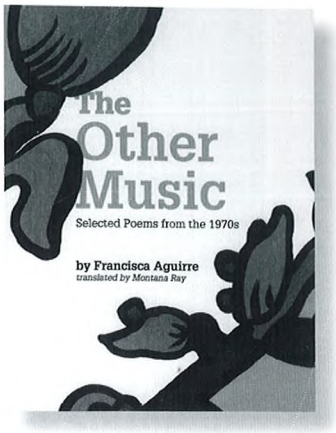
- Tras consagrar poemas a la música que emana del foso de la orquesta, te subes al escenario para montar la tragedia griega del Ensayo general *(1993). Es la troyana la que entona y canta: un ejercicio de contención y armonía a lo largo de treinta y un sonetos en toda regla. ¿Qué te llevó a probar ese instrumento, la voz, en una estructura de arte mayor, tan ajena a lo que habías hecho hasta entonces?*

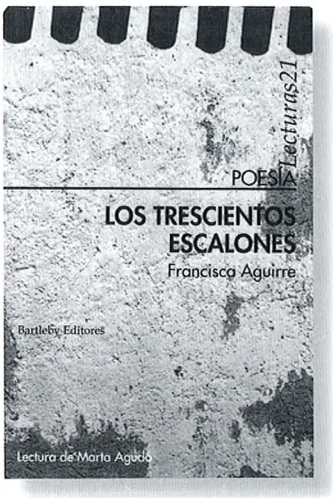
- Me pareció que en una obra como la mía en donde se citan muy a menudo a los clásicos, empezando por el título, no vendría mal hacer un homenaje a los que, por otra parte, no se los recuerda muy a menudo.

- En Pavana del desasosiego *(1998) sigue la música. Pero ya es como el tránsito del desierto, ¿de la mano de quién? ¿A quién se pide que no nos abandone; al amor, a Dios, al canto...?*

- Personalmente, yo diría que pido apoyo y consuelo a todo lo que abriga y consuela, como la música, el amor, los tristes abatidos, los cielos y los animales, los que nos necesitan, siempre los más débiles. Claro que, precisamente esos no son los que están en mejores condiciones para ayudar. Y, naturalmente, aunque acudamos a ellos, ya sabemos que lo más probable es que sigamos como estamos. Así que, como es lógico, miramos hacia donde podemos obtener ayuda, y ¿qué sitio es ése? Ese sitio siempre es el mismo: nuestro maltrecho corazón. Nuestro desvalido lenguaje. Nuestra asombrada mirada. Con esos tres elementos tenemos que hacer frente al tiempo que nos observa desde lejos. A la áspera realidad del momento. Pero quiero dejar constancia de

que gracias a esas tres fuentes de las que brotan: calor, claridad y consuelo seguiremos oyendo el murmullo asombroso de la vida.





- Ese desasosiego te empuja a diálogos íntimos, mentales, con compañeros de ruta: Los maestros cantores, *tu sexto poemario, que cierra tu obra completa hasta ese momento, recogida en* Ensayo General *(Calambur, 2000). Pero desde 1992 venías consignando esas conversaciones en forma de prosas poéticas, un género que por entonces no abundaba. Verso libre, soneto, poema en prosa... ¿cómo se decide la forma que vas a dar a determinados contenidos? En cuanto a esos "maestros" tuyos, una tiene la impresión de que nunca has dejado de invocarlos, ¿es así?*

- Sospecho que tienes razón: nunca he dejado de invocar a mis maestros. Y me temo que voy a seguir haciéndolo. Pero me gustaría marcar algunas diferencias; tengo pendiente un recorrido de los músicos y los pintores; tanto la música como la pintura han tenido en mi vida una importancia decisiva, así que en cuanto mi maltrecho corazón esté un poco más relajado, me lanzaré a ello.

- Antes de que termine el milenio, en esa década prodigiosa para tu creación, publicas un libro de relatos. Que planche Rosa Luxemburgo *(1994), y al año siguiente (1995) unas impresionantes memorias,* Espejito, espejito, *contadas con el tono exacto: sin énfasis ni victimismo, e incluso con humor en ciertos episodios como el de la comida en casa de la tía rica.* ¿Fuera de esos dos volúmenes, *no has intentado la prosa que tan bien se te da; no tomas apuntes que puedan sorprendernos gratamente un día?*

- Tengo apuntes, tal vez demasiados, pero todavía no sé qué destino les voy a dar. De cualquier modo, puedes tener la seguridad de que trataré de usarlos utilizando la crítica y el humor. Aunque esto no quiere decir que en un determinado momento no me plantee la posibilidad de

lanzarme a escribir una continuación de *Espejito, espejito*. En este último año me han sucedido cosas que merecen capítulo aparte.

- Arrancas el siglo XXI con un libro que lleva un título de tango La herida absurda *(2006) y sin empacho citas al comienzo a Paul Celan, junto a los versos de Cátulo Castillo, que dan nombre al libro. Algo así como la biblia junto al calefón… ¿Se puede, entonces, mezclar la alta cultura con la popular*

- Yo creo que es una de las mejores fórmulas para llegar a todos; la crítica risueña me parece todo un hallazgo. El humor siempre nos viene bien. En cuanto a lo de que se pueda o no mezclar la "alta cultura" con la popular, la verdad es que nunca he entendido esa pregunta. La cultura empieza con el pueblo; son los trovadores los que nos dan constancia de los primeros poemas. Cuando los españoles regresan de América traen con ellos otras músicas: "habaneras", "candombes", y otras muchas. Más tarde nos llegan los tangos. En España todo el mundo quedó fascinado con Gardel. A lo largo del tiempo toda la música argentina fue nuestra también. No sólo es que crea que se pueden mezclar la alta cultura y lo popular, es que creo que se debe hacer, que no hay más remedio que hacerlo, que lo contrario sería un disparate.

- "Yo recuerdo mi infancia y no sé cómo / siempre termino recogiendo escombros" dices en 2006 en el libro con nombre de tango. Luego, en el siguiente, Nanas para dormir desperdicios *(2007) escribes: "El desperdicio es menos pegajoso que el residuo / El residuo tiene algo de acabamiento, y algo que se resiste a desaparecer, / y sin embargo se empeña en agotarse. / Tal vez por ello lo residual se nos parece tanto." Escombro, desperdicio, residuo... ¿qué tienen en común?*

- Como puedes suponer, esos tres sustantivos pertenecen al mundo de la ironía, pero también al mundo de la libertad; es decir: dentro del poema, el lector tiene la libertad de elegir lo que más cercano le sea. La elección es casi infinita. Yo lo que hago es confesarle al lector que la vida es tan confusa que dentro de ella cabe todo, y que algunas cosas que creíamos que eran joyas no son más que baratijas, mientras que algo que nos parecía de hojalata era de oro, o algo que creíamos que era una piedra era un diamante.

- Por fin, en 2010, te encaras y alzas un retrato tuyo. Historia de una anatomía, *donde buscas decirte a través de fragmentos, al igual que en el libro de las nanas, ¿la realidad se nos presenta así, a cachos?*

- La realidad siempre es fragmentaria. Y lo es para todo y todos. La vida

Francisca Aguirre en su casa con Noni Benegas (diciembre, 2014)

es fragmentaria y, tanto la vida como la realidad o, como diría Luis Rosales "la vividura" son siempre fragmentarias. Los sueños, los ideales, las ilusiones son todos y todas fragmentarios. Porque todos vivimos unidos a "una pequeña duda razonable" y, a veces, no tan pequeña. En cuanto a *Historia de una anatomía*, como ya ha dicho alguien "Hablo de mí porque es lo que mejor conozco". Ya me gustaría ser licenciada en algo para poder encajarte un sermón de unas cuantas páginas. Pero qué le vamos a hacer, las cosas son como son.

Es esta una obra en marcha de una autora consagrada, como bien refrendó el Premio Nacional de Poesía que recibió en 2011. Como prueba de ello, los inéditos que acompañan a la entrevista hecha específicamente para la revista Campo de Agramante. Son poemas de su próximo libro titulado Fronteras *¡Gracias Paca por seguir ahí!*